
COSAS DONOSTIARRAS

La Plaza de la Constitución

I

Hoy casi te han puesto nueva; pero, sin embargo, tu vida ha pasado á la historia.

Monarcas, toreros reputadísimos, moros también muy reputados, personajes conspicuos de uno y otro estado, nacionales y extranjeros, desfilaron muy solemnemente por el cuadrilátero que forma la citada plaza.

Otrosí: ahí mismo se celebraron, en él transcurso del siglo pasado, cuantos regocijos públicos inició la mente donostiarra: ahí la comparsa del 33, la del 18, la del 45, la del 50, la del 57, la del 66, etc.; ahí la entrada del general príncipe de Vergara, la de Prim, la de O'Donnell; ahí la recepción de Urbizondo; ahí la formación del glorioso cuerpo de chapelgorris; ahí el primer alzamiento por la causa de Isabel II; ahí la entrega de la bandera de la libertad; ahí la despedida de los tercios de Africa, más tarde de los de Cuba; ahí la creación del batallón de voluntarios liberales; ahí la sublevación de Campillo, y otras cien y cien cosas más, cuyo recuerdo sólo sobrevive en contadísimas personas, dos

ó tres á lo sumo, en cuyo número me cuento, cada vez con más entusiasmo.

La Plaza de la Constitución «la del infamante letrero» (llamada así por los antiliberales de los años 23) como hemos dicho al principio, ha pasado á la historia.

Definitivamente y sin remedio, desde hoy queda relegada al ahando más triste por parte del actual vecindario, pues suprimido lo único quedaba, que era la fiesta de los bueyes ensogados, suprimido queda desde el momento el movimiento continuo de los días señalados de sokamuturra.

También muchos de los más renombrados erriko-shemes se han muerto.

Por tanto la tradición llegó hasta aquí: también las costumbres malas ó buenas tienen su límite y perentorio si sus fieles mantenedores dejaron de existir.

Adiós, Plaza de la Constitución (con perdón de los absolutistas del 23), no te desconsueles; todavía hay quien no te olvida ni dejará de visitarte, así en los esplendorosos días del regocijado Agosto, como en las rigurosas noches de Diciembre: nunca te faltará un errikoseme que en coloquio dulcísimo y mano á mano te acompañe en la soledad espantosa en que yaces.

Además ha de servirte de lenitivo el tamboril que, así los domingos como en las fiestas de guardar ha de continuar amenizando tu ambiente en ilimitado tiempo y en los siglos de los siglos, porque créelo, si esto llegara á suprimirse, que Dios nos libre de tan malos pensamientos, nuestra Iruchulo habría dejado de llamarse Donostia, y ya ves que esto es imposible.

Tampoco ha de abandonarte el cabildo de San Vicente con motivo de la bendición del árbol de San Juan.

El Cuerpo de Bomberos también te rinde todavía pleito homenaje.

A tí acuden en sus ensayos bienhechores por tí velarán sin descanso para que no corras igual suerte que la que le cupo á tu madre en la infausta noche del 31 de Agosto de 1813.

Hoy te están arreglando, están pintando tus columnas, te quieren poner como nueva; quizá el que emite estas líneas estará equivocado, pero cree que en vez de hacerte eso, sería mucho más hermoso y de más propiedad que refinaran los canteros tus fustes y tus bases, pá-

ra que aparecieran, fuera de toda pintura, tu hermosa piedra caliza y la arenisca, lo cual había de acoger, con bastante aplauso, la misma estética.

No en vano, procuró esta combinación su autor el respetable don Manuel de Ugartemendía, el trazador del nuevo San Sebastián, por cierto, á quien se le debe mucho y se le tiene en lamentable olvido, y también el cronista poeta popularísimo D. José Vicente de Echagaray, que murió en la calle de Narrica el año 53, cantó en características estrofas la inauguración de la Plaza de la Constitución y de sus escogidos materiales.

En la segunda parte trataremos el día de júbilo que produjo en San Sebastián la inauguración de la Plaza en donde aprendimos á ser donostiarras, en donde dimos nuestros primeros pasos, y en donde á los dos ó tres años de edad..... bailamos el primer fandango á los acordes del venerable tamboril.

II

Claro que del Boulevard para allá todo es más suntuoso, de mucho más coste y hay más luz y más ambiente, y calles más anchas, etcétera.

Pero á pesar de todas esas ventajas, á esa parte nueva le falta el todo: carácter.

Y no se nos tome por exajerados; entre el vecindario del San Sebastián viejo y nuevo también existe diferencia, é inmensa, á nuestra vista donostiarra,

Pero dejemos esto para otra vez y encaminémonos á la Plaza de la Constitución.

Merece toda clase de respetos y honores por la importancia que nuestros abuelos dieron á la obra y por el entusiasmo que produjo su inauguración en el vecindario de aquellos felices días.

Como testimonio de lo que acabamos de consignar, vamos á seguir paso á paso á un cronista de la época, el cual nos dá curiosísimas noticias del asunto, que tanto cariño y amor nos inspira.

El Ayuntamiento de San Sebastián, en sesión del 13 de Agosto de 1817, acordó solemnizar la inauguración de la Plaza Nueva (hoy de la

Constitución), dando principio por la construcción de los cascos, pues las casas son de particulares.

A esta obra se procedió en falta de otros recursos por los dos medios siguientes: primero, una suscripción en el vecindario; segundo, la garantía de letras libradas por vocales de la Junta de Obras.

La Plaza de la Constitución fué la primera obra pública de consideración que se emprendió después del incendio de 1813, y el Ayuntamiento quiso inaugurarla con la mayor solemnidad «por dar al pueblo» (dice el acta de dicha sesión) la verdadera idea de su importancia, y «animar á todos los habitantes á una empresa tan útil y gloriosa, honrando, no sólo con el ejemplo, sino con demostraciones públicas, la memoria de nuestros mayores, á cuya imitación va á reedificarse la plaza por un rasgo patriótico, al siglo cabal de su primera construcción.»

El 26 de Agosto fué el día señalado para la inauguración, á la que asistió el Ayuntamiento con su alcalde, que lo era D. José María de Soroa, la Junta de Obras, el clero, el consulado, los jefes y oficiales de la guarnición.

Se bailó el baile real, el gran eskudantza con sus correspondientes auresku y atzesku.

En el centro de la plaza se colocó una mesa cubierta de magnifico damasco, ostentándose una valiosa escribanía de plata repujada, así como el sello de las armas de la ciudad, componiendo el adorno de la mesa cuatro grandes candelabros de plata con otros objetos propios del caso, todo del más delicado gusto y elegancia.

Una vez sentado el Ayuntamiento alrededor de la mesa, en pública sesión, el secretario, en medio del más respetuoso silencio que con fervor prestó en el momento el pueblo todo que circundaba al Ayuntamiento, leyó con voz clara el acuerdo siguiente:

«El Ayuntamiento de la muy noble y muy leal ciudad de San Sebastián, para gloria del reinado del Sr. D. Fernando VII de Borbón, y utilidad del vecindario, ha decretado reedificar la plaza principal de esta ciudad.»

Seguidamente se presentaron los tres maestros que dirigían la construcción de los arcos, y manifestaron al Ayuntamiento que se hallaban prontas las piedras angulares.

La Corporación pasó á colocar y fijar las primeras piedras de la plaza, marchando comitiva y pueblo á los ángulos mismos, y deseando manifestar á la posterioridad los sentimientos de aquel vecindario que había quedado en el mayor de los desamparos á consecuencia del incendio y saco de 1813, determinó se colocasen dentro de las piedras angulares, entre otras cosas, dos escritos sobre vitela en bascuence, latín y castellano, siendo el texto como sigue:

«Vosotros, esclarecido mártir San Sebastián, á cuyo nombre está consagrado este pueblo, y ángeles tutelares á quienes ha sido encomendado, favoreced nuestros votos y esta plaza comenzada bajo vuestros auspicios; haced benignos que se vea concluida y por largos siglos conservada, enteros y sanos sus edificios. Año 1817.»

«Con el favor divino se empezó á construir segunda vez desde los cimientos la arruinada Plaza Nueva, en medio de la ciudad de San Sebastián, en el año de gracia de MDCCCXVII, reinando felizmente en España el Sr. D. Fernando VII de Borbón, siendo arquitecto D. Manuel de Ugartemendía, con la medida de doscientos cinco pies en largo, ciento treinta dos en ancho, y veintiseis mil sesenta en cuadro.»

El clero se dirigió después á la parroquia de Santa María y volvió á la plaza con cruz alzada, vestidos los beneficiados de sobrepelliz y el vicario de capa pluvial; éste bendijo las cuatro piedras angulares, y después de este acto religioso todo el mundo volvió á la misma iglesia, donde en acción de gracias se cantó una Salve á la Virgen del Coro, «especial protectora de esta ciudad».

El resto del día se pasó en grande y expansiva alegría, «entregándose el vecindario al júbilo y á las esperanzas en medio de los escombros y de las ruinas, que era todavía lo que presentaba la ciudad donostiarra.»

*
* *

Fíjese, pues, si los donostiarras de pura sangre tenemos motivo suficiente para mirar á la querida plaza con ternura y á la vez con admi-

ración; su centro y sus arcos evocan tantos recuerdos, que casi casi podemos asegurar que casi todos los noviazgos de nuestros abuelos y de nuestros padres tuvieron su origen en el paseo de esos soportales, al menos..... ahí se cruzaron á la luz de los faroles de aceite y reverberos, las primeras miradas amorosas.

Hoy, pues, que te han puesto casi nueva, hemos creído oportuno refrescar su tiempo pasado.

F. LÓPEZ-ALÉN.

